



José Luis Camellón Álvarez

Zafra, la hora de moler

Nadie mejor que los hombres y mujeres que visten día y noche el traje de la zafra azucarera para saber que ese encadenamiento de procesos y detalles tiene en el calendario su aliado más seguro si se exprime a plenitud cada jornada a fin de extraerle la cuota de producción planificada, según los balances de recursos disponibles y los índices de eficiencia programados.

En Sancti Spíritus sobra experiencia sobre lo perjudicial que resulta dejar ese extra que le ponen los colectivos y el territorio a la contienda para el final del juego, cuando casi siempre las lluvias amenazan con dejar al campo la cosecha, la caña languidece y el agotamiento hace mella en hombres y equipos.

La zafra es una obra de voluntad laboral, pero reclama funcionar como una guerra bien planificada para que cada paso rinda el fruto previsto o, de lo contrario, surgen contratiempos que generan impactos negativos en la operación agroindustrial y terminan comprometiendo la fabricación.

Tras más de un mes de campaña y superados algunos obstáculos iniciales, la provincia mantiene un ligero adelanto en el plan de azúcar —equivalente a casi dos días de zafra—, aunque a título individual el central Melanio Hernández exhibía leve atraso. En ese comportamiento sobresale la eficiencia conseguida en ambas fábricas, al punto de que el territorio encabeza nacionalmente los indicadores de rendimiento potencial de la caña, recobrado, autoabastecimiento energético y rendimiento industrial.

El sobrecumplimiento de este último parámetro puede ser la nota más sobresaliente de la joven cosecha, toda vez que se han ganado por esa vía más de 2 900 toneladas de azúcar sin tener que

procesar unas 30 000 toneladas de caña.

Visto así, pareciera que todo marcha bien en medio de un clima que apenas ha interrumpido los cortes y no se ha aprovechado a plenitud, aunque vale subrayar una apreciación sacada a la luz por los propios directivos del sector, referente a que la escasez de lluvias comienza a reflejarse negativamente en plantaciones del centro y sur del territorio.

Eso, unido al déficit de la cosecha y la molida por debajo de lo previsto, forma parte de las alarmas que le suenan a la contienda y la colocan delante de la única guardarraya por donde transitar en virtud de no comprometer el desenlace futuro: moler y moler.

No puede desconocerse que todavía el transporte automotor reporta afectaciones de neumáticos y rodamientos sin que se vislumbren soluciones inmediatas, de acuerdo con declaraciones de ejecutivos de la rama; en tanto el ferrocarril, si bien hasta el momento no ha provocado grandes contratiempos, no deja de ser un punto de tensión dado el estado del parque de locomotoras y carros jaula.

Si algo apura ante tales realidades es no desperdiciar ni un minuto el buen tiempo que acompaña actualmente a la cosecha, por cierto una de las principales encomiendas dejadas por Salvador Valdés Mesa, primer vicepresidente de los Consejos de Estado y de Ministros, en su reciente recorrido por ambos centrales en el contexto de la visita gubernamental a la provincia.

Uno de esos apremios radica en acelerar el bacheo alternativo, orientado desde días atrás por el Consejo de la Administración Provincial (CAP), en el vial Guasimal-Tayabacoa, cuyo mal estado ha obligado a mover cosechadoras y camiones a otros lugares, además de repercutir en reiteradas roturas de los equipos.

El hecho de que a esta altura del

calendario existan carros del tiro de caña sin pasar el somatón marca otra prioridad que debe resolverse con prontitud, a la vez que revela falta de comunicación e integralidad de trabajo, según trascendió en reciente análisis del CAP.

Al mismo tiempo obliga, por muy importante que sea la zafra, a no aflojar ni un ápice los rigores de esa inspección técnica, porque no se debe permitir la circulación de un medio de ese tipo —ni de ningún otro— sin dicho permiso, máxime después del reciente accidente de Jatibonico, aunque el equipo del sector involucrado en el hecho tuviera los papales en regla.

Como la zafra no duerme ni para, la atención al hombre se vuelve un puntal

sobre el que se afina la productividad laboral de las fuerzas; entonces, resulta imperdonable que ocurran chapucerías como que quioscos de centros de limpieza de ambos centrales dejen de vender meriendas en la noche por falta de dependientes.

No está de más decir lo que representa la zafra en materia de exportación de azúcar, de ahí el compromiso de Sancti Spíritus para sacar adelante el tonelaje de crudo comprometido, solo que esa prioridad y atención deben materializarse ahora y no al final del calendario con apoyos emergentes, porque nadie mejor que los propios trabajadores del sector para sacar a flote la cosecha en medio de un clima ideal para cortar caña y moler.



En la punta de la lengua

A cargo de Pedro de Jesús

Me honra y alegra compartir con los lectores de *Escambray* esta columna mensual de análisis y meditación sobre la lengua española, especialmente en su variedad cubana. Cuando la ocasión lo amerite, ofreceremos orientaciones normativas que ayuden a corregir usos impropios y censurables; pero no guía a este espacio ese único propósito, sino el aún más noble de mostrar, difundir y enaltecer toda la riqueza de un idioma que se halla entre los más hablados del mundo. Dicho esto, aquí va mi primera reflexión.

En situaciones comunicativas informales es común que los cubanos llamemos *guataca* a la persona adúltera y *barco* a la irresponsable. A quien descuella por su inteligencia lo calificamos de *filtro*; por su buen carácter, de *panetela*; por sus bondades físicas, de *mango*...

Según la *Nueva gramática de la lengua española*, los nombres

guataca, *barco*, *filtro*, etc., utilizados metafóricamente para caracterizar y juzgar, constituyen sustantivos valorativos. Sorprende la cantidad de estos nombres que, en el español hablado en Cuba, designan animales.

De manera general, cuando los zoónimos o nombres de animales pasan a referir atributos de persona, expresan significados depreciativos o peyorativos. Así, damos a entender nuestra reprobación sobre la insistencia de alguien si afirmamos que es una *ladilla*, o sobre su locuacidad si lo tildamos de *cao*, *cotorra* o *cotica*. De modo semejante, los vocablos *ratón*, *guayabito*, *jutía*, *gallina*, *penco* y *cucaracha* traslucen nuestro desprecio por la cobardía, tanto como *lombrija*, *lagartija*, *sardina*, *arenque*, etc., connotan que rechazamos la delgadez extrema y hacemos burla de ella.

Sin embargo, hay nombres de animales que los cubanos utilizamos para ponderar o encarecer

una cualidad positiva. *Mulo* resalta el atractivo sexual de un hombre y *mula* el de una mujer; aunque, de acuerdo con el contexto, estos zoónimos pueden indicar atributos negativos como la terquedad o la brutalidad. Asimismo, del varón corpulento y vigoroso se dice que es o está hecho un *toro*; del que no se deja intimidar fácilmente, que es un *gallo de pelea*; y del que posee habilidades notorias, sobre todo en los negocios, que es un *lince*, un *tigre*, un *águila*, una *fiera*...

Un caso curioso es el sustantivo *caballo*. El diccionario académico registra que en Cuba se le llama así a la persona “que posee amplios conocimientos o habilidades para hacer algo”. Lo que no aclara lexicón alguno es que, cuando queremos adjudicarle esos atributos a una mujer, elegimos *caballa*, y no la forma canónica *yegua*, que se destina, bien a la celebración de la femina sexi, bien al vituperio de aquella que es grosera o agresiva: *María es la caballa traduciendo del inglés*.

La variante *caballa* es creación popular, como lo es *sapa*, el femenino de *sapo*, palabra que, de acuerdo con el *Diccionario del español de Cuba*, de Gisela Cárdenas y Antonia María Tristán, alude a

la “persona que con su presencia importuna a una pareja de enamorados cuando están besándose y acariciándose”.

Otro tanto sucede con *grillo* (o *grillo malojero*), que significa, a juicio de las antedichas lexicógrafas, “mujer extremadamente delgada y sin atractivo”, y también, en Cuba y República Dominicana, “mujer que se va con cualquier hombre”, según el *Diccionario de americanismos* de la Asociación de Academias de la Lengua Española. En esta última acepción metafórica de *grillo* —sinónima, por cierto, de *venado*— se escucha a hablantes cubanos utilizar, indistintamente, la variante *grilla*.

Muchos zoónimos valorativos, por lo contrario, carecen de moción genérica; es decir, son indiferentes al sexo de la persona a la cual se aplican. Así, *bayoya*, *ballena* y *tonina* se mantienen invariables, no importa si la gordura es atribuida a hembra o a varón: *Fulano(a)* es una *ballena*. Igual se comportan *aura*, *tiñosa* o *aura tiñosa*, *víbora*, *avispa*, *garrapata*, *anguila*, *araña* o *araña peluda*, etc., siempre en femenino, y también *piojo* o *piojo pegado*, *topo*, *moscón*, *pollo*, *totí*, *gusarapo*, etc., siempre en masculino: Él/ella es un *piojo pegado*.

Comportamiento peculiar tienen otros, como *jutía*, *gallina* o *mosquita muerta*, también sin moción de género, pero que la reflejan a través del artículo antepuesto: *Tu esposo es un jutía*, *una gallina*; *Tu esposa es una jutía*, *una gallina*. No obstante, a veces los hablantes desestiman la variación, en busca de un efecto expresivo añadido: feminizar al varón a quien se dirige el valorativo. Por ejemplo, en vez de decir *Tu esposo es un mosquito muerta*, mantienen el artículo femenino: *Tu esposo es una mosquita muerta*.

Esta feminización menoscabadora —que descansa, en última instancia, sobre valores machistas y heteronormativos de la cultura patriarcal— es, por supuesto, la misma que se realiza con sustantivos valorativos como *perro(a)*, *puerco(a)*, *burro(a)*, *guanajo(a)*, *zorro(a)*, *mono(a)*, etc., con la sola diferencia de que estos poseen variación de género en la desinencia.

El tema no se agota. Pero es suficiente con lo dicho para aquilatar la impronta de los sustantivos valorativos, especialmente los zoónimos, en el habla cotidiana.